



ELÍAS, EL ÚLTIMO SAMURAI

Matías Muraca

Universidad Nacional de General Sarmiento (Argentina)

Introducción

¿Cómo pensar las transiciones, los períodos de profundos cambios sociales?, ¿Cómo pensar el paso de la sociedad feudal a la sociedad moderna?, ¿cómo explicar este proceso, que refiere a un cambio histórico, de un modo que comprenda tanto las instituciones como a los seres humanos individuales (sus conductas y sensibilidades)?, ¿cómo explicar la lógica o el orden de ese proceso que no es “ni racional ni irracional”? Estos son, presentados de modo muy simplificado, sólo algunos de los interrogantes que Norbert Elías sugiere en su obra *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* publicada en la segunda mitad del siglo XX. Al intentar dar cuenta de estas cuestiones Elías elige el camino que va de la reflexión teórica, haciendo una crítica de la teoría hasta el análisis minucioso de experiencias de la vida la sociedad cortesana.

En estas líneas nos proponemos trabajar justamente con estos aspectos de la obra eliasiana, pero lo haremos trabajando con *El último samurai*, un film que uno bien podría catalogar rápidamente como “pasatista” pero que, sin embargo, visto con más detenimiento logra capturar las contradicciones que Elías trabaja sesudamente a lo largo de su obra. Justamente el actor principal de esta película (claramente hollywoodense), encarna al Capitán Nathan Algren, un devaluado soldado del famoso “séptimo regimiento de caballería norteamericano”, que es contratado para crear, entrenar y comandar al (futuro) moderno ejército japonés cuya primera tarea será desplazar a los viejos señores feudales, samuráis, que encarnan y representan un pretendidamente “viejo” Japón. Y es aquí cuando la mirada debe dirigirse de ese capitán a otros dos personajes en principio menores, pero que cobran relevancia para los fines de este ensayo. Se trata del Señor Omura, un comerciante y ministro japonés y principal consejero del emperador enfrentado al Samurai Katsumoto, también ministro y consejero del emperador. El Señor Omura está en las antípodas del samurai es la voz del “nuevo” Japón en pleno camino civilizatorio. Es este ministro, dueño del ferrocarril, quien necesita un moderno ejército japonés para acabar con el viejo sistema feudal de los samuráis, para desplazar definitivamente al “viejo” Japón.

Será justamente aquí, en el enfrentamiento de esos hombres que se enfrentarán dos ejércitos donde vemos chocar muchos más que dos grandes grupos de hombres armados, mucho más que dos Japoneses. Se enfren-

tan justamente dos culturas, dos sociedades, dos formas de pensar y de sentir el mundo. Se enfrentan dos formas de pensar la tierra, el tiempo, dinero, para ser más claros y contundentes, se enfrentan dos formas de pensar la vida, pero también dos formas de pensar la muerte. Se enfrentan dos composiciones distintas del mundo. Es eso lo que intentaremos poner sobre relieve a lo largo de las siguientes páginas.

Elías, el compositor

Al momento de hacer su crítica teórica Elías se va a elaborar una categoría que es central en sus desarrollos, el concepto de “composición”. A través de esta categoría va a intentar resolver el problema de las relaciones entre las estructuras psicológicas individuales y las estructuras sociales. Se trata de un ejercicio teórico de análisis en donde ambas estructuras son consideradas en términos cambiantes y en una relación interdependiente del mismo desarrollo a largo plazo. El concepto de composición “expresa de modo más claro e inequívoco que los instrumentos conceptuales existentes de la sociología, el hecho de que aquello a lo que llamamos “sociedad” no es una abstracción de las peculiaridades de unos individuos sin sociedad, ni un “sistema” o una “totalidad” más allá de los individuos, sino que es, más bien, el mismo entramado de interdependencias constituido por los individuos”¹. Se trata en realidad de una concepción total de la sociología en donde el todo y la parte deben ser comprendidos como una unidad indisoluble, como sostiene el propio Elías “El concepto de la composición puede ilustrarse fácilmente con una referencia a los bailes en sociedad; éstos son, de hecho, el ejemplo más simple que cabe poner para hacerse una idea de lo que se entiende por composición. Piénsese en una mazurca, en un minueto, en una polonesa, en un tango en un rock & roll. La imagen de las composiciones de seres humanos en interdependencia en la danza puede facilitarnos la representación como composiciones de los Estados, las ciudades, las familias o, incluso, de los sistemas capitalista, comunista o feudal”².

En este desarrollo conceptual no sólo vamos a encontrar una fuerte polémica con las lecturas dogmáticas del marxismo y del cambio social, dominantes en esa época, sino que también vamos a encontrar una crítica con el más agudo exponente del funcionalismo, Talcot Parsons. Concretamente Elías se va a ocupar por desestimar el intento parsoniano de elaborar un modelo teórico que obliga a pensar en individuos y sociedades que remiten a conceptos de existencia separada de modo tal que “los conceptos de ‘ego’ y ‘sistema’, y todos los relacionados con ellos, que se refieren a los seres humanos como individuos y a los seres humanos como sociedades, aparecen utilizados de tal modo por Parsons (excepción hecha cuando se vale de categorías psicoanalíticas) que parece como si su situación normal fuera la de la inmutabilidad”³. En este punto, también el cambio social es en realidad un problema analítico de difícil resolución para estas teorías. En efecto, el cambio social “aparece como una manifestación de una perturbación casual, proveniente del exterior, en un sistema social que, por lo general, está bien equilibrado”⁴.

Al momento de realizar la recolección de datos empíricos Elías relaciona desde el inicio, como inseparables, las relaciones entre lo individual y lo social. Su detalle de las conductas gastronómicas y el estudio de las normas de cortesía en el paso de la sociedad caballeresca a la sociedad cortesana sirven para explicar y comprender el proceso de constitución de sociedades más complejas. En el paso de sociedades más simples a otras más complejas en donde no sólo vamos a encontrarnos con los complejos procesos de constitución de monopolios estables de la violencia física, sino también con sociedades en las que la división de funciones

¹ Elías Norbert (1993:44).

² *Ibid*, p. 45

³ *Ibid*, p. 15

⁴ *Ibid*, p. 17

en cada vez más compleja. Vamos a encontrarnos de hecho con individuos que tienen que organizar su propio comportamiento de modo cada vez más diferenciado, más regular y más estable. Es aquí donde esa relación sociedad individuo aporta en el desarrollo de Elías una clave analítica para pensar el proceso civilizatorio y la naturalización e internalización de ciertas conductas en el individuo. Justamente, porque “lo característico de esta transformación del aparato psíquico en el proceso civilizatorio es que desde pequeños se va inculcando a los individuos esa regulación cada vez más diferenciada y estable del comportamiento, como si fuera algo automático, como si fuera una autoacción de la que no pueden liberarse aunque quieran conscientemente”⁵. Uno de los ilustrativos ejemplos que da Elías para pensar en esta imbricación entre individuo y sociedad, entre estructura psíquica y estructura social lo encontramos cuando nos invita a pensar en el hombre que transitaba por los caminos en la sociedad feudal y cuáles eran sus preocupaciones y amenazas y el hombre que circula por las carreteras en la civilizada sociedad moderna y (otra vez) sus preocupaciones y amenazas. “Lo que se proyecta en la vida del individuo yo no es una inseguridad permanente, sino una forma peculiar de seguridad. Ya no le zarandea de un extremo a otro, tan pronto agresor como agredido, vencedor o vencido, entre poderosas explosiones de alegría y terrores cervales, sino que, de esa violencia acumulada entre los bastidores de la vida social cotidiana, emana una presión continua, homogénea, sobre la vida del individuo que éste apenas percibe porque se ha acostumbrado a ella y porque tanto su comportamiento como sus sentimientos han venido ajustándose desde la niñez a esta estructura de la sociedad”⁶. Sin embargo no es solamente ahí donde podemos pensar esa imbricación individuo sociedad, también podemos ilustrarla al momento de pensar cómo deciden morir los hombres de una época. Cuáles son los miedos que los acosan, cuáles son sus temores, que asuntos le “quitan el sueño” al hombre feudal, cortés o moderno. Estos asuntos aparecen en Elías pero quedan muy bien presentados en la película de Edward Zwick y son los que intentaremos mostrar en las líneas que siguen.

El samurái y el comerciante

La película de Edward Zwick se ubica en un Japón imaginario pero posible de fines del siglo XVIII. Se trata de una sociedad que está viviendo una profunda pero rápida transformación, un verdadero proceso civilizatorio en donde comienzan a desfilar las principales potencias de Europa moderna y la prometedora potencia de Estados Unidos. En este proceso transformador y civilizatorio revistan abogados franceses, ingenieros alemanes, arquitectos holandeses, militares norteamericanos, pero sobre todo comerciantes, comerciantes de todo el mundo (civilizado) que piden y obtienen audiencias con el emperador.

En esa sociedad en transformación aparecen dos figuras de suma relevancia para lo que queremos plantear aquí. Una de ellas es Señor Omura ministro y consejero del emperador, pero también un empresario ya capitalista poseedor del ferrocarril y de las relaciones comerciales con las potencias de occidente. Quisiera detenerme unos momentos en este personaje, ¿cómo es Omura?, claramente, Omura es rico, pero además de eso, el personaje posee ciertos atributos que es interesante poner sobre relieve ya que ponen en evidencia el contraste de las dos sociedades. Además de rico Omura es un comerciante, un comerciante cosmopolita, presumiblemente criado en el extranjero (tal vez en Inglaterra) que habla perfectamente inglés y que maneja los tiempos y las distancias de una sociedad moderna, de hecho, ha viajado a Estados Unidos a buscar a un Capitán para su todavía inexistente ejército profesional y moderno. Omura es también un consumidor, toma whisky, fuma habanos y podemos adivinar que su dieta no se limita a arroces y pescados. Además de ser un consumidor gastronómico es un ferviente consumidor de las tecnologías más avanzadas de la época, el tren a vapor, el rifle, los cañones, la moderna metralleta, etc. Pero además, Omura, es un amante de la Ley, siente

⁵ *Ibid.*, p. 452

⁶ *Ibid.*, p. 457

aversión por la utilización (en primera persona) de la espada japonesa y prefiere a firmeza de la norma escrita y del *agreement* comercial a la volatilidad de la palabra y del devaluado valor del honor.

La contra cara de Omura la encontramos en el jefe samurai Katsumoto. Katsumoto gobierna la aldea que tiene un estilo de vida completamente distinto al modo japonés de Tokio donde vive el emperador y su ministro. Los tiempos de la aldea, gobernada desde hace más de 900 años por los ancestros de Katsumoto, se rigen por las estaciones, los deshielos y las floraciones. Tanto Katsumoto como sus hombres son guerreros y entregan su vida a la perfección de las artes del combate, manejan la espada, el arco y la flecha y si bien conocen la pólvora su valoración de la guerra no les permite utilizarla ya que el hacerlo implicaría una deshonra a las artes del combate. En la aldea de Katsumoto hay un visible y estrecho vínculo con lo natural, el cultivo de la tierra y un claro respeto por el orden, un orden feudal rigurosamente segmentado en donde cada miembro tiene un lugar fijo y preestablecido. En el mundo (mucho más que la aldea) de Katsumoto, lo que vale es claramente el honor, no el dinero, no el comercio y claramente no el consumo.

Sin embargo, la gran diferencia entre el mundo de Omura y el mundo de Katsumoto no la encontramos solamente en lo que ambos personajes aman. Omura ama el dinero, comerciar, consumir y la estabilidad de la ley; Katsumoto, por su parte, ama la naturaleza, el honor y la tradición. Los tiempos de ambos son también distintos, pero sobre todo, los miedos, los terrores son claramente diferentes. Uno aquí podría preguntarse ¿a que le temen Omura y Katsumoto?, y las respuestas serán bien diferentes y las veremos en una de las escenas finales de la película. La batalla en ese campo en donde finalmente se encontraran el moderno ejército japonés (con cañones, metralletas, fusiles y bayonetas) con el feudal cuerpo de hombres armados que dirige Katsumoto (armados con espadas, arcos y flechas).

Kill them all, o cómo morir en el green

La escena de la batalla final que enfrenta a esos ejércitos de dos mundos es crucial para terminar de ver la lógica de análisis teórico que propone Norbert Elías. Y aquí otra vez se vuelve interesante preguntarse que mirar. ¿Que observar de esta prometedora masacre que dejarán estos ejércitos de mundos distintos? Lo que propongo es que nos detengamos en los rostros de nuestros amigos Omura y Katsumoto. Observemos esos rostros, esas miradas previas, en y posteriores al combate y veamos cuáles son los miedos, cuáles son los temores de estos dos personajes. Veamos a qué le temen Omura y Katsumoto, o mejor, veamos qué es lo que le causa terror al comerciante y que le causa terror al samurai.

Si hacemos esto, y lo hacemos con detenimiento veremos dos cosas, en primer lugar los miedos que manifiestan ambos personajes son bien distintos, casi incomprensibles para el otro e incomparables entre sí, salvo por un punto, y este es el segundo aspecto, ambos miedos son el miedo máximo que cada uno de estos hombres puede (en su mundo) soportar, ambos miedos son terroríficos. Omura tiene miedo a morir, más aún tiene terror a morir de manera violenta a manos de otro hombre, Katsumoto por su parte tiene miedo a perder el honor, teme a la deshonra y desea, anhela una muerte en el campo de batalla. Dicho esto se acerca a nosotros alguien que mucho antes que Zwick y mucho antes que Elías encontraba en los miedos distintos los mundos distintos. En efecto, más de trescientos años antes que Norbert Elías uno de los padres de la filosofía política moderna advertía en una de sus obras fundamentales el cambio de época del cual era testigo. Nos referimos, claramente, a Thomas Hobbes y a su *Leviatán*. En la lectura atenta del *Leviatán* vemos cómo Hobbes desde las primeras páginas, en su descripción del hombre invita a su lector a un ejercicio de introspección. Al hacerlo, al mirarnos “hacia dentro” al mirar nuestros corazones, nuestras pasiones, nuestros miedos, Hobbes encuentra en el miedo a la muerte violenta a manos de otro hombre y a la certera imposibilidad de excluir ese miedo por otro medio que no sea el pacto y el Estado, la justificación del Estado moderno, la justificación del *Leviatán*. La gran pasión de Hobbes a lo largo de su vida fue, casi exclusivamente, el miedo. Pero más que eso, Hobbes comienza a advertir que los hombres no quieren vivir peligrosa y alegremente,

matando y siendo muertos, saqueando y siendo saqueados. No, lo que el hombre quiere es vivir tranquilamente, bajo el amparo de la ley, bajo la protección del Estado, del Leviatán. Cuando Hobbes invita al lector a mirar a su interior, le está pidiendo que tome conciencia que tiene miedo y que nos es imposible seguir viviendo con ese temor. Ahora bien, eso sólo es posible si el lector de Hobbes y el propio Hobbes tienen realmente miedo, si ambos encuentran en el honor un valor devaluado, como atacado por una inflación que ha revalorizado otras virtudes y otros intereses. Justamente eso es lo que está pasando en la Inglaterra de los primeros años del siglo XVII. Una Inglaterra convulsionada y amenazada por las guerras civiles y religiosas, pero sobre todo una Inglaterra que está cambiando y, más aún, más que una sociedad cambiando, un grupo de personas (los ingleses) que también están cambiando. Están modificando costumbres, bailes, pasiones, gustos, modas y miedos. Justamente esos procesos son en lo que trabaja Norbert Elías y lo que queda sesuda y detalladamente conceptualizados y ejemplificados en el monumental *Proceso civilizatorio*. Ese vínculo indisoluble del hombre y la sociedad, esa unidad inquebrantable entre algo tan íntimo y privado como son los miedos, con la sociedad y el mundo al que cada hombre pertenece, es justamente eso lo que rescata la película de Edward Zwick

Pero volvamos a esa escena final de *El último samurai*. Después de una dura y sangrienta batalla en la cual los hombres del mundo Katsumoto pudieron desplegar toda su destreza, el combate queda claramente resuelto para el mundo de Omura, la técnica y el fusil. Sin embargo todavía no está todo terminado, Katsumoto tiene algo que decir, o mejor, tiene algo que hacer. Justamente después de ese primer combate que deja del lado de los samuráis sólo a los hombres de a caballo, Katsumoto decide realizar la maniobra heroica y final, una carga de caballería, esto es, recorrer los mil quinientos metros de campo perfectamente verde que lo separan de Omura, esto es, los mil quinientos metros que separan a los dos mundos que no solo se enfrentan sino que además se excluyen, el viejo y tradicional Japón del moderno y civilizado Japón.

Es así, que el jefe samurai pone en línea a todos los hombres que le quedan y se lanza, a todo galope contra Omura, contra el moderno y civilizado Japón. Del otro lado espera el moderno comerciante japonés y junto a él la moderna tecnología aplicada y pensada para la guerra, tres metralletas que realizan su propia descarga durante largos, larguísima diez segundos que transitan en cámara lenta. ¿Que vemos en los rostros de nuestros dos personajes?, ¿que vemos cuando se encuentran esas cargas de caballería y de metralleta? En Katsumoto, vemos satisfacción, ya sabe que va a morir, feliz, realizado, ya que se va a salvar del terror, la vergüenza de vivir sin honor. Si bien cae herido en campo de batalla puede realizar el suicidio milenario, toma su espada y la entierra en su estómago. El samurai queda en su mundo, vive y (por fin) muere en la lógica que él conoce y desea. Vivir deshonrado hubiera sido insoportable, el peor de los castigos. Omura, por su parte, mientras la metralla suena, grita, con pánico, con terror, histéricamente, en inglés y luego en japonés “mátenlos... maten al americano... maten a Katsumoto... ¡¡¡maten a todos!!!”. Omura quiere vivir, quiere comerciar quiere consumir y tiene terror de no poder hacerlo, tiene terror de morir y para salvarse necesita de las reglas de su mundo, el mundo civilizado y moderno, necesita de leyes, de acuerdos, de Estados modernos, necesita, al final del día un nuevo Japón.

Es aquí cuando comenzamos a cerrar estas líneas y vemos como es posible encontrar y explicar la complejidad del mundo pensando como unidad al hombre y a la sociedad. O mejor aún, que no es posible hacerlo de otro modo que no sea pensando justamente en el individuo y lo social como una unidad que sólo separable por una cuestión pedagógica. Más aún, Elías nos muestra cómo es posible encontrar ciertos lugares donde el todo (individuo y sociedad) se encuentran. En las comidas, en las formas de comer, en los bailes, en los modales, en los vestidos, en las formas de realizar una caminata y, como hemos tratado de señalar en estas breves líneas que anteceden, en las formas de matar y en las formas de morir, en los instrumentos y en las lógicas del mundo de la que los hombres (de esos mundos) no pueden, pero sobre todo y centralmente no desean, escapar.

Bibliografía:

Elías Norbert (1993), El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas. Fondo de Cultura, España.

Elías Norbert (1970), Sociología fundamental. España, Gedisa.

Elías Norbert (1985), Humana conditio. Consideraciones en torno a la evolución de la humanidad. España, Península.

Thomas Hobbes (2003), El Leviatán. Argentina, Fondo de Cultura, Buenos Aires

Eduardo Rinesi (2003) Política y tragedia. Colihue, Buenos Aires

Película: “El último samurai”, dirigida por Edward Zwick, escrita por John Logan.